

nos obsequian con frases tan ingeniosas como “si el toreo es Arte, el canibalismo es gastronomía”, “la tortura no es cultura”. Y lo peor no es eso, lo peor es que son jaleados por sectores influyentes y han conseguido incluso que Barcelona haya sido declarada “Ciudad antitaurina” por autoridades que se autodenominan, tolerantes, abiertas y democráticas. Aunque, lo que me pide el cuerpo es calificarles de todo lo contrario, -es decir: intolerantes, cerrados y totalitarios-, no quiero caer en la trampa de combatir una intransigencia con otra, prefiero analizar una actitud que me parece absurda y que solo se me ocurre atribuir a la ignorancia, ya sea esta espontánea o utilizada con buena o con mala fe.

Porque, ¿Quiénes son los que forman esos grupos de pacifistas exaltados que se enfrentan a gritos con pancartas, pitos e insultos a los que se disponen a formar parte de un hecho para mí mágico y misterioso? En general se trata de jóvenes cargados de buenas intenciones, amantes –en teoría- de la naturaleza, pacifistas, presuntamente vegetarianos, defensores –como yo- del “haz el Amor y no la Guerra”; en general, gente de bien, digna de todos los respetos pero –y lo digo con dolor, también ignorantes, profundamente superficiales si se me admite la paradoja, en busca de una lucha altruista con la que justificar unas vidas posiblemente mediocres y acomodaticias.

Es justo reconocer que, ciertamente, la contemplación “en frío” de una corrida de toros, puede provocar, cuando menos, perplejidad. Sin entender –o sentir, mínimamente– la hondura del enfrentamiento entre el hombre y el animal, el juego de los capotes, la presencia de los caballos, las extrañas aunque brillantes indumentarias de los toreros, el hecho de que la muerte del toro pueda ser aplaudida o protestada..., todo puede parecer absurdo y provocar incluso rechazo, lo sé. No tiene nada que ver con el esquematismo elemental de los deportes donde simplemente se gana o se pierde. En los toros sin embargo lo importante no está en aquello que se alcanza, sino en “como” se llega a alcanzar. Me viene a la memoria una corrida, creo recordar que fue el 1 de Octubre de 1991, en la Plaza de toros de Las Ventas y que toreaban José María Manzanares, Cesar Rincón, David Luguillano, en la que saltó al ruedo un toro de extraordinaria violencia, -era el quinto de la ganadería de Joao Moura- con un acusado sentido que le hacía adelantarse a las intenciones de los toreros haciendo imposible que le dieran un solo lance y creando en consecuencia tal desconcierto -pánico casi- que impedía la ejecución normal de las distintas suertes. Cuando sonó el clarín anunciando el último tercio y el matador tomó espada y muleta, todos nos preguntábamos si sería capaz de

dominar aquella fuerza y, simplemente, conseguir clavarle la espada. Ante el asombro general, el torero se plantó en el centro del ruedo y ofreció la muleta al toro que, automáticamente, se arrancó con furia. Sin mover los pies del suelo, el diestro lo frenó con la tela. Toda la plaza enmudeció, admirada. Volvió el toro, y esta vez fue recibido con un pase distinto, dominador, obligando al animal a bajar la cabeza mientras embestía. Acabó el diestro, después en un tercer envite levantando la muleta para dejar que toda la violencia del toro se perdiera en el aire, libre ya de su gallardo enemigo, el torero. La plaza entera se puso en pie aplaudiendo al hombre que no solo se había jugado la vida, sino que lo había hecho con armonía y destreza, usando el valor y la inteligencia. Las acometidas del toro siguieron siendo frenadas y conducidas por los vuelos de un frágil pedazo de tela roja, con indescriptible cadencia, provocando el ¡olé! unánime, compacto y emocionado de miles y miles de gargantas. Olés perfectos, redondos como emitidos por una coral que los hubiera ensayado bajo la batuta de un director experto. Era lo que Lorca llama “la llegada del duende”, es decir, del éxtasis, que “en toda la música árabe –sigo citando a Lorca– es saludada con enérgicos “¡Alá, Alá!” –Dios, Dios-, tan cerca del “olé” de los toros, que quien sabe si será lo mismo”. Después, el torero se perfiló para entrar a matar y se produjo un silencio tan denso como el interior de un queso. Frente a frente, el hombre y la fiera. Visto y no visto, el torero se lanzó recto, tras de la espada y esta se hundió en el morrillo de toro mientras sus afiladas astas rozaban la ingle del matador. Poco después, aquella mole se desplomaba sobre la arena haciendo temblar las gradas bajo los pies de los espectadores, que se abrazaban entre sí o se entregaban al aplauso mas fervoroso, sorprendidos, asombrados todos por haber asistido a momentos de tanto riesgo, tanta belleza y tanta emoción. Entre el público, un joven, alumno mío de la facultad, se dirigió a mí desde el centro de aquel delirio y espetó: “¡Maestro! ¿Cómo les explicas esto a los de la Comunidad Económica Europea?”.

Imposible, es imposible explicar lo inexplicable como no sea a través de contactos igualmente misteriosos, los que se establecen de vez en cuando a través de la Música, la Pintura o la Poesía, a través del Arte, en definitiva. “Lo que no puede ser, no puede ser y, además, es imposible”, dijo una vez aquel legendario torero que todos sabéis, en frase mil veces repetida como ejemplo de ingenio lúcido y elemental. No, no es posible entender las corridas de toros si llevamos puestas las gafas del notario o si nos apoyamos en criterios de forense, agrimensur o contable, testigos fríos de la realidad.

No es de extrañar, pues, que en una sociedad basada sobre todo en la economía, el mercado, la seguridad y lo estable, se tienda al control y a la simplificación de conceptos y conocimientos. Bajo la bandera del progreso y la libertad, eso sí, pero siempre bajo control. Lo enigmático queda relegado a su aspecto superficial y decorativo, la investigación tecnológica orientada a la evolución del consumo -o a una cultura domesticada- donde lo inquietante no exceda los límites de lo conveniente y actúe únicamente a modo de válvula de escape salvando de paso, la apariencia de Libertad. ¿Cómo podría entender, pues –tal como preguntaba mí alumno-, esta sociedad burocratizada y tendiente a lo “light”, una emoción tan extraña como la que se estaba produciendo aquella tarde en la plaza de Toros? ¿Cómo explicar a los probos funcionarios de Bruselas, o a los inteligentísimos diseñadores de sistemas cibernéticos de Frankfurt o de Milán, que un toro puede ser aplaudido e incluso recibir el honor de la vuelta al ruedo después de muerto? ¿Cómo decirles que no se trata de una lucha entre el hombre y la bestia, sino de un encuentro misterioso que supera incluso la idea del antiguo sacrificio ritual a los dioses y que, naturalmente, nada tiene que ver con la tortura, que es el gran pretexto con el que suele atacarse a las corridas de toros?

No se trata de entender o no entender –o si, también, pero no sólo-, se trata de sentir, captar la intensidad de esos momentos en que afloran evidencias secretamente intuidas, tal vez deseadas, con toda la fuerza y el misterio de lo irreplicable, de lo implacable: lo que no se puede medir, el generoso derroche de la energía vital, oscura y sin motivo, de la luz o del agua. “Poseo la inmensa riqueza de no ser rico, y conozco perfectamente la utilidad de lo inútil”, escribía el poeta Joan Brossa, tratando de explicar con una frase el misterio de su propia existencia, o simplemente del “decir sin saber”, del dejar que las palabras surjan de sí mismas. Como Claude Monet, el más sublime de los pintores impresionistas, cuando decía “Yo pinto como los pájaros cantan”.

En la pragmática sociedad de hoy, tan orgullosa de su tecnología, no se busca la emoción, sino la eficacia y el entretenimiento. ¿Para qué, pues, ese momento de emoción en la plaza de toros? ¿Por qué buscarlo en el riesgo, dibujando caminos en el aire con un trozo de trapo? Posiblemente el torero no sabe que el origen remoto de lo que está haciendo puede estar en el rito de la fecundidad - como en Mithra - o el de la liberación del hombre - como en Teseo o Hércules- ni tiene porque saberlo. Torea y basta. Como los pájaros cantan, como el poeta escribe, como pinta el pintor. Hoy día, sin embargo, buscamos explicación para todo, incluso las revistas taurinas hablan del número de corridas, de